



CAPITULO V.

FIASCO FINAL DE JESÚS.—SUS CAUSAS.

El mayor de los dolores para el hombre llamado á un papel público no es morir, sino ver la verdad que él trae, despreciada, y la salvación que él propone, rechazada; él es también el más noble, siendo desinteresada. No es por su mal éxito por el que se entristecen los apóstoles, es por la miseria de los que les persiguen; no es por su propia muerte por la que lloran los mártires, es por el crimen de sus verdugos. A medida que un genio es grande, su sufrimiento de ser rechazado es más intenso; á medida que es más bueno y santo, él es más desinteresado. El de Jesús fué sin límites, en su amargura y su desinterés, como el amor infinito que el sintió por su pueblo.

Cuando él salió del Templo, el martes por la tarde, 12 de Nizan (Marzo-Abril), "ocultándose de los Judíos,"¹ cuando él se detuvo largamente, en la falda de la colina, en el monte de los Olivos, enfrente de Jerusalem, profetizando, en voz baja, á sus discípulos, la destrucción próxima de la ciudad y del Templo y el fin de los tiempos, él podía comprobar el fiasco final

¹ Juan, XII, 36.

de su apostolado. Celo infatigable, enseñanzas, llamamientos reiterados, milagros innumerables, elocuencia, santidad, declaraciones solemnes, advertencias amenazadoras: todo fué en vano.

Humanamente, él naufragó.

Después de dos años de una actividad sin tregua ni desfallecimiento, no solamente él no logró desviar las sospechas del poder y de los Maestros de la Ley, convencerles que él era el Cristo, é iniciarles en los misterios del Reino; sino que él vió crecer, todos los días, á la oposición, á la ceguedad, á la violencia y al odio.

La clase popular, en verdad, le es más simpática; sin embargo, él mismo lo notaba, ella es flexible y ligera. Al aclamarle, ella cede á la curiosidad, al interés, á la ilusión de sus propios sueños, más que ella no entra en su Espíritu. El único triunfo de Jesús, durante esos dos años de evangelización, es haber inspirado la fe á algunas almas, entre los más sencillos, los más culpables algunas veces, pero siempre los más sinceros. Hé aquí toda su conquista. Humilde triunfo que no bastará á una ambición terrestre, y que es por tanto, el punto de partida de toda la gloria de Jesús. La vida del Maestro es regia por una ley que desconcierta á nuestra experiencia y á nuestra sabiduría. Si sus victorias no se asemejan á las victorias humanas, sus derrotas no se parecen tampoco á nuestras derrotas.

El hombre de acción empeña la lucha, estimulado por la esperanza de vencer; si él sucumbe, á la humillación de la derrota se agrega siempre la amargura de las esperanzas defraudadas. El se siente responsable de esos reveses. La culpa está en él, si él no ha derribado los obstáculos, dominado á sus enemigos, realizado sus proyectos. La historia no perdona para nada á los vencidos. ¿Tenían ellos conciencia de la oposición que vencer y se creyeron de talla para reducirla?—¿Por qué no triunfaron?—Ella era más fuerte que ellos;—¿por qué

luchar contra ella? Ellos han carecido de penetración ó de valor.

Todos los desastres que tienen su causa en la ilusión ó en los vicios del hombre, son para el vencido un castigo; ellos toman lugar en la serie de los acontecimientos humanos, á título de azotes, perturbando, abatiendo, diezmando á las razas y á los pueblos.

Jesús jamás creyó en su triunfo entre los Judíos; él repetidas veces dijo á los suyos, que los jefes, en Jerusalem, le hacían sufrir mucho, y que él sería entregado á ellos. Su mal éxito no viene de él, depende de la obstinación de aquellos á quienes evangeliza. La obra que él fundaba era más grande que ellos. Pero su derrota es triunfante, porque ella ha sido el castigo de la nación infiel que ha creído vencerle, y la causa providencial de todos los desastres con los que esta nación ha visto, con los que ella ve y verá pasar sobre ella al torrente irresistible.

La incredulidad de los Judíos con respecto á Jesús, y por consecuencia, el fiasco final de su apostolado, es uno de los grandes hechos de su propia vida, de la historia de su pueblo y de la historia religiosa de la humanidad. La sublimidad de la obra, la decadencia del medio, la repudiación absoluta de los medios de éxito exigidos por la política humana, y por encima de todo, los designios de Dios, Señor absoluto de los acontecimientos: hé aquí las causas múltiples que arrojan alguna luz sobre ese hecho considerable. Es de un interés poderoso interrogarles, antes de ver el alto Consejo nacional sellar su incredulidad por el homicidio jurídico de Jesús y al mismo Jesús consagrar su papel público por una muerte violenta, —tal como él la había predicho,—libremente, heroicamente, divinamente aceptada.

En Judea como en Galilea, en Samaria como en Perea, que él se dirija á la multitud ó á los doctores versados en la Ley, y bajo cualquier forma que él se produzca, el apostolado de

Jesús no tiene otro objeto que revelar su obra y su persona, declarar lo que él viene á cumplir y mostrar lo que él es. Las dos revelaciones se afirman; porque entre la obra y el obrero la relación es absoluta y la armonía constante. Siempre adoptadas á las circunstancias y á los hombres, ellos crecen con la tempestad que ellas provocan. No son absolutamente la ciencia ni la conciencia de Jesús las que maduran poco á poco, como ciertos historiadores han creído, son los testimonios de una ciencia y de una conciencia perfectas las que van desarrollándose.

¿En qué se resumió la obra mesiánica de Jesús?

En fundar en la tierra el Reino de Dios, según su misma expresión. Ese Reino consistió esencialmente en la participación del hombre á la vida de Dios; Jesús le llamó "la vida eterna." Para que el hombre nazca á semejante vida, el esfuerzo libre no basta absolutamente; es preciso que Dios mismo se comunique por una libertad infinita. La función propia del Mesías es realizar esta comunicación, dándonos el Espíritu de Dios. Por otra parte, el hombre debe consentir en esta efusión y prepararse á ella; ahora, ella exige dos condiciones: el arrepentimiento y la fe. Para el arrepentimiento y la penitencia, el hombre se confiesa pecador, se renuncia á sí mismo, se sacrifica todo entero con lo que él tiene de imperfecto, de malo y de limitado; por la fe él se adhiere á Dios, se abre á él y llega á ser un mismo Espíritu con él: el Reino de Dios comienza. El hombre pertenece á un mundo nuevo; él entra en la verdad eterna, en la caridad infinita, y él gusta ya, en lo más profundo de su conciencia, la paz, la dulzura y la felicidad de Dios.

Se ha preguntado cuál era el plan de Jesús, en el sentido humano de la palabra; he aquí.

Nada de político y de terrestre; nada de imperfecto y de transitorio; nada de particular y de limitado. Todo es sencillo, universal, vivo, grandioso. La obra, bajo cualquier punto de vista que se le estudie, es esencialmente divina: en su resulta

do, puesto que ella tiende á elevar al hombre hasta la vida de Dios; en sus medios, puesto que la única fuerza que puede llegar hasta lo Infinito, es el Espíritu vivo de Dios; en su autor, porque si él no tuviese en él la plenitud del Espíritu de Dios, él no podría comunicarle; en su objeto mismo porque ella no considera al hombre sino como un ser inteligente y libre, capaz de entrar en lo Eterno y lo Infinito llamado á vivir con la vida de Dios. Ella es la última palabra de la Providencia sobre la humanidad, la expresión absoluta definitiva de la religión, la consumación de todas las cosas y el término de las evoluciones progresivas del universo.

Un designio semejante está por encima de todo genio humano y de toda inteligencia creada; no pertenece á la creatura dar á Dios á quien no le pertenezca entrar por ella misma en la vida de Dios. Aquel que ha venido á realizar ese plan, aquel que le ha proclamado, querido, preparado, no puede ser sino Dios.

En efecto, como él llamó á los hombres á una obra divina, él se dijo, se declaró el Hijo de Dios. El ha consagrado todo su celo, toda la duración de su apostolado, á proclamar á los Judíos su filiación divina, y—que se entienda bien,—no una filiación moral que hubiera solamente implicado una relación moral, una unión de voluntad ó de pensamiento con el Padre celestial, sino una filiación absoluta que, haciéndola derivar del Padre en la comunidad de una misma naturaleza y la igualdad de una misma sabiduría, de un mismo poder y de una misma vida, le autorizase á llamarse por excelencia "el Hijo."

Ese Hijo de Dios no se mostró, es verdad, sino á través de la naturaleza humana en la que él se había encarnado, y por causa de esta encarnación, él se decía el Hijo del Hombre; pero la naturaleza humana no alteraba para nada la filiación divina, y la filiación divina no destruía en nada á la naturaleza humana.

Las esencias pueden unirse, ellas no pueden confundirse.

La filiación divina de Jesús es la única explicación de su vida, de su enseñanza, de sus actos, de su obra. Con ella, todo es verdadero, sabio, perfecto; sin ella, todo es chocante, escandaloso, blasfematorio: los Judíos hubieran tenido razón de condenarle y crucificarle. Ningún hombre tiene el derecho de decir lo que él dijo, de obrar como él obró, de exigir lo que él exigió, de prometer lo que él prometió.

Sólo el Hijo de Dios, igual á Dios, y el mismo Dios, podía promulgar, en su propio nombre, la ley moral; solo, él podía, al promulgarla, usar de esta fórmula: "Háse dicho á los antiguos; pero Yo, os digo. "Solo, él podía mandar á la naturaleza como Señor, sin apelar á Dios, puesto que era Dios, vivía, hablaba en él. Solo, él tenía el derecho de curar y de resucitar, puesto que siendo Dios, su palabra tenía la potestad creadora. Solo, él podía, en su nombre, lanzar á los espíritus malos, puesto que él tenía el Espíritu del mismo Dios. Solo, él podía perdonar los pecados, puesto que él era el Dios á quien el pecado ofende. Solo, él podía decirse la Luz del mundo, puesto que, en efecto, el Hijo de Dios es la eterna claridad. Solo, él podía decirse sin error, puesto que el error y el pecado son extraños á Dios y al hombre que ha recibido la plenitud de Dios. Solo, él podía exigir la fe absoluta y un amor sin límites, puesto que Dios es el todo del hombre. Solo, él podía prometer la vida de Dios, puesto que él la poseía como su bien propio. Solo, él podía darse como el Juez soberano de la humanidad, puesto que el juicio de las conciencias tiene su regla inflexible en la justicia de Dios y no pertenece sino á Dios. Solo, él podía decir que los cielos y la tierra pasarían, pero no sus palabras; porque la palabra de Dios es eterna. Solo, él podía decir que sus palabras eran Espíritu y Vida; porque lo que Dios dice y lo que Dios quiere, él lo hace: nada resiste á su voluntad y á su poder.

Todos esos rasgos esparcidos en los documentos, reúnen las manifestaciones auténticas de Jesús, de su naturaleza y de su pa-

pel. Un designio y un maestro semejantes debían hallar, á lo que parece, en el pueblo que tuvo la gloria de verles, una acogida espontánea, entusiasta. La esencia misma de la obra de Jesús correspondía á lo que ella tenía de más vivo, de más profundo y de más puro en el genio religioso y el destino de Israel.

La alianza con Jehovah, el único y verdadero Dios, era el alma de ese pueblo; ahora, esta alianza estaba realizada de una manera absoluta por el hecho de la aparición del Hijo de Dios en medio de los Judíos, y por la comunicación de esta filiación divina á todos los verdaderos hijos de Abraham. El gran privilegio de Israel, la Ley,—de quien los doctores, á la verdad, despreciaban el espíritu,—no tenía mas que un fin: la justicia del hombre; ahora, para cumplir y consumir esta justicia, fué para la que Jesús trajo no un código escrito, sino el Espíritu vivo de Dios, única fuerza capaz de regenerar y de santificar al hombre. El papel de Israel entre los pueblos de la tierra era enseñar á todos el verdadero nombre de Dios; ahora, la obra mesiánica, abriendo la entrada del Reino de Dios á la humanidad entera, no era ella el cumplimiento de ese papel providencial?

Quédase confundido al comprobar que esas verdades sencillas y resplandecientes no han conmovido á los espíritus, subyugado la opinión, deslumbrando á esos doctores y á esos sacerdotes.

El acontecimiento estaba previsto, anunciado hacia siglos por los profetas.

Uno de ellos había escuchado de lejos las deliberaciones homicidas de los Judíos; creérase asistir, al leer sus profecías, á las maquinaciones del Sanhedrín contra Jesús:

“Hagamos caer al Justo en un lazo. El nos incomoda, él es contrario á nuestra manera de vivir, él nos reprocha la violación de la Ley, él nos deshonra, desacreditando las faltas de nuestra conducta. El asegura que él tiene la ciencia de Dios.

El se llama el Hijo de Dios; él se ha convertido en el censor de nuestros pensamientos mismos. Su sola vista nos es insoportable. El se abstiene de nuestra manera de vivir, como de una cosa impura; él prefiere lo que los justos esperan en la muerte. El se glorifica de tener á Dios por Padre.... Condenémosle á una muerte ignominiosa.”¹

Isaías, entreviéndole de lejos, decía de él con tristeza:

“¿Quién ha creído en lo que hemos escuchado?”

“¿A quién el brazo del Eterno ha sido revelado?”

“El ha subido delante de él, como un débil vástago,

“Como una rama de una tierra seca;

“No había en él ni belleza ni brillo,

“Nada que ver que nos le haga desear,

“Despreciado y abandonado de los hombres;

“Hombre de dolor y consagrado al sufrimiento;

“Semejante á aquel de quien se aparta el rostro;

“Le hemos desdeñado, no hemos hecho ningún caso.”²

Y el mismo Isaías, pintando el estado moral de la nación, decía:

“He alimentado hijos, les he educado:

“Ellos se han revelado contra mí.

“El buey conoce á su poseedor,

“Y el asno al establo de su amo:

“Israel no conocó nada

“Mi pueblo no tiene inteligencia

“Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de iniquidad,

“Tiene la astucia de los malvados, de los hijos corrompidos!

“Ellos abandonaron al Eterno. Ellos despreciaron al Santo de Israel.”³

Los profetas multiplicaron las pinturas energicas del abatimiento moral de su pueblo:

¹ Sabiduría. II.

² Isaías. LIII, 3 y sig.

³ Isaías, I, 2, 5.

—“Escuchadme, exclamó Jeremías, pueblo insensato y que no tienes corazón:

“Ellos tienen ojos y no ven nada,

“Tienen oídos y nada oyen.

.....
“Ese pueblo tiene un corazón indócil y rebelde.

“Ellos se rebelan y se van.

“Ellos no dicen en su corazón:

“Temamos al Eterno, nuestro Dios.”¹

Y Ezequiel, figura del Mesías futuro, oía al Señor decirle:

“Hijo del Hombre, tú habitas en medio de un pueblo de rebeldes que tienen ojos para ver y que no ven nada, oídos para oír y nada oyen, porque es un pueblo rebelde.”²

Isaías dijo la palabra profunda de ese misterio de ceguedad.

—“Yo oí, exclamó el Profeta, la voz del Señor que decía:

“¿A quién enviaré y quien llevará mis palabras?

“Yo respondí: Heme aquí, envíame.

“El dijo entonces: Ve y dí á ese pueblo:

“Escucharéis y nada comprenderéis;

“Veréis y no discerniréis,

“Haz inerte al corazón de ese pueblo;

“Endurece sus oídos y ciérrale los ojos,

“Para que él no vea con sus ojos, no escuche con sus oídos.

“No comprenda con su corazón,

“No se convierta y no sea curado.”³

Y con una energía terrible, hablando del mismo fenómeno, dijo, todavía:

“Quedad atónitos y admirados,

“Cerrad los ojos. Hacedos ciegos!

“Ellos están ébrios, pero no de vino.

“Ellos bambolean, pero no por haber bebido con exceso.

¹ Jeremías, V, 21-24.

² Ezequiel, XII, 2.

³ Isaías, VI, 8.

“Porque el Eterno derramó sobre vosotros un espíritu de sopor.

“El cerró vuestros ojos.

“El veló á vuestros Profetas y á vuestros príncipes que ven visiones.

“Y toda la revelación de los Profetas es para vosotros como un libro sellado.

“Qué se dará á un hombre que sabe leer, diciendo:

“Lee pues!

“Y quien responde: No puedo,

“Porque él está sellado;

“O como un libro que se le da

“A un hombre que no sabe leer, diciendo:

“Lee pues!

“Y él que responde: No se leer.

“El Señor dijo: “Cuando ese pueblo se acerca á mí,

“El me honra con la boca y los labios,

“Pero su corazón está lejos de mí,

“Y el temor que me tiene

“No es sino un precepto de tradición humana.

“Por eso yo tocaré aun á ese pueblo con prodigios y milagros,

“Y la sabiduría de esos sabios perecerá,

“Y la inteligencia de esos hombres inteligentes desaparecerá.”

Profecías sorprendentes, ellas no sólo anuncian la incredulidad judía, ellas la explican. Ese pueblo está decaído, degenerado, enfermo, corrompido, perverso: por esto su repudio.

¿Pero por qué Dios no ha iluminado á esos ciegos, abierto el oído á esos sordos, roto sus corazones endurecidos, encorbado sus frentes inflexibles? ¿La decadencia de un pueblo siempre es incurable? ¿Un soplo del Espíritu no puede siempre reanimar á los muertos? ¿Ese soplo no se ha levantado:

¹ Isaías, XXIX, 9-16.

por qué? Es porque excede al horizonte estrecho de los pensamientos del hombre; él nos lleva hacia el mundo inaccesible de la conciencia y de Dios.

La Providencia siguiendo á las leyes que nos escapan, conduce á los seres libres, individuos y pueblos. Ella no les vio lenta, ni aun para llevarles á su destino; ella respeta su autonomía, hasta en sus extravíos y sus vicios; ella les retiene ó les abandona, sin que podamos comprender la causa de la retención ó del abandono. Los que se han salvado del mal experimentan la bondad del Libertador; los endurecidos prueban que, entregado á sí mismo, el hombre no es nada. En las profundidades de la Sabiduría infinita es en donde se abismaron los apóstoles, comprobando la infidelidad de su nación.¹

El creyente adora, en los misterios impenetrables de Dios, la causa suprema de todo. Pero el historiador tiene el deber de buscar, en la vida de un hombre y de un pueblo, las causas segundas, aparentes é inmediatas.

El hombre es lento, resistente, duro al progreso, sobre todo al progreso moral y religioso. Las naciones son más lentas que el individuo, la humanidad más lenta que las naciones. Mientras más santa es la obra pedida, la resistencia es más áspera. Jamás obra más sagrada, más heroica, fué propuesta al hombre y á la humanidad, en la persona de un pueblo como la obra de Jesús. Israel, manteniendo su fe en un Dios único, en medio del universal paganismo y de la idolatría de los pueblos, guardando su Ley pura, en medio de los vicios que devoran á la tierra, habla ya llenado uno de los papeles más santos: le quedaba presentar á la tierra al Salvador universal, é inaugurar con él el verdadero Reino de Dios.

Todo un pueblo arrastrado por los pasos de Jesús, lanzando á su voz, un gran grito de penitencia, proclamando por todas partes el verdadero mesianismo y convidando á los paga-

¹ Juan, XII, 37 y sig.; Rom., X, XII.

nos á la buena nueva, á la Redención universal, á la transformación del mundo bajo la acción divina que se desbordaba: ¡qué prodigioso espectáculo! Aun cuando Israel hubiera perdido su nacionalidad, y que la sangre de la que estaba tan orgulloso, se hubiera fundido en todas las razas humanas, no habría nada que echar de menos. El Cristo bastaba para su gloria, y él le hubiera eternizado en ese mundo en el que el reino del Hijo de Dios iba á ser inaugurado, llenando á los siglos y á los reinos de la tierra de sus virtudes, de su justicia y de su paz.

La adhesión del hombre ó de un pueblo á la verdad moral y religiosa no se explica solamente por la evidencia intrínseca de la verdad, por su necesidad ó sublimidad, sino sobre todo, por el estado de las conciencias. Ahora, estudiando la historia de la nación judía, es imposible desconocer que en la época, en que Jesús, anunciado por Juan, hizo su advenimiento público, la decadencia era profunda, bajo el punto de vista político, religioso y moral.

De ahí, su incredulidad; de ahí, la oposición odiosa y sangrienta del poder con respecto á Jesús.

A primera vista, nada revela el abatimiento religioso ó moral de Israel. Ese pueblo aun parece haber crecido, cuando se le pone un paralelo con sus padres. El no va ya á inclinarse ante los ídolos paganos. Su monoteísmo se ha hecho inflexible. La famosa palabra: "Escucha, Israel, Jehovah es tu Dios, y Jehovah es uno," ha llegado á ser su fórmula preferida.¹ Jamás el culto ha sido más resplandeciente, más en honor. El Templo, reconstruido y embellecido por Herodes, es una de las maravillas del universo. Los dones allí afluyen. Los sacrificios son innumerables. El patriotismo se refuerza bajo la opresión; él se embriaga de esperanza en lo más duro de la prue-

¹ Deut., VI.

ba, soñando en los días benditos del consuelo; él se confunde con la religión misma. La Ley, el conjunto de las prescripciones rituales, es el objeto de una sujeción apasionada.—“Todo se nos puede quitar,” decía Josefo, con un acento mismo, “nuestra nacionalidad, nuestras ciudades, y todos nuestros bienes; pero la Ley nos quedará siempre.” Por lejos de la patria que se lleve á un Judío, él no temerá á la tiranía que le oprime, más que á la Ley.” Y, en efecto, según el mismo historiador, se ha visto á muchos cautivos judíos sufrir el tormento y todos los suplicios, mejor que dejar escapar una palabra contra la Ley y los santos Libros.¹

El monoteísmo inflexible, el esplendor del culto, el apego fanático á la Ley y á las observancias tradicionales, el patriotismo sagrado y feroz podían hacer creer en el progreso; ellos no son sino una máscara. Las decadencias son como las enfermedades, ellas se disimulan algunas veces bajo apariencias seductoras. Naciones é imperios se desploman, frecuentemente, en plena orgía y en plena fiesta. En la víspera de ser vencido, el paganismo jamás había estado más superabundante. Todos los grandes cataclismos que caen sobre la humanidad, la sorprenden en una actividad febril é inmoderada que se tomaría por un desbordamiento de vida.

Ese pueblo, eminentemente religioso y sacerdotal, muestra en su decadencia rasgos particulares. Todos los elementos de su religión son atacados: poder, ciencia, conciencia, ley, moralidad.

El sacerdocio es envilecido. El tiembla ante la autoridad pagana de la que es la criatura. Los más elevados puestos, las más elevadas dignidades, la presidencia y la vicepresidencia del Consejo supremo, el soberano pontificado, son ocupados por los Saduceos, esos escépticos que no creen ni en la

¹ Contr. App., II, 38.

² Id., I, 8.

resurrección, ni en la inmortalidad, ni en los espíritus, ni en la Providencia. ¡Extraños pontífices! la religión, para ellos, se limita á este mundo; ella es el código escrito, consagrado, inmutable, que asegura el buen orden y la paz; inexorables en sus juicios, por la severidad ellos marcan su celo. Ellos se apegan al esplendor del culto, aconsejan multiplicar las ofrendas, explotan la piedad del pueblo, aumentan sus rentas con los diezmos y la venta de las víctimas, cuyo monopolio se reservan. ¿Qué eco podía hallar la palabra de un Profeta y la del mismo Dios, en esos espíritus sin fe, en esos corazones embotados, en esos seres codiciosos, amigos del fausto y de la opulencia? Ellos son los que prodigan á Jesús esta ironía y esa rechifla cuyo eco le encontramos en el cuarto Evangelio.

La ciencia religiosa del partido fariseo no ofrece el menor contrapeso á la influencia nefasta de ese sacerdocio desacreditado. Ningún gran problema atormenta á esos maestros. Obedeciendo al genio práctico de su raza, tenían verdades religiosas apremiantes que enseñar. Les pertenecía interpretar la acción de Dios para con su nación; porque el deber de los que piensan y de los que saben, es dirigir siempre la conciencia de un país.

En ese tiempo mesiánico, la ciencia judía debía interrogar las señales verdaderas de esa época decisiva, tratar de comprender la naturaleza del gran Enviado y su papel divino. Este es el punto más desconocido, el más abandonado, tanto para los judíos del helenismo alejandrino, como para los doctores de Palestina. Estos últimos, en vez de luchar por una enseñanza sacada de la escuela de los profetas contra el grosero materialismo que extravía al pueblo y produce apocalipsis de una imaginación sin freno, le sufren ellos mismos y le consagran.¹

Ellos tienen en la mano el Libro de los profetas, las más

¹ Cf. Das Judenthum zur Zeit Christi, von J. Langen.

luminosas palabras que jamás ningún pueblo ha escuchado; ellos podrían descubrir ahí el genio de su raza, el espíritu de su Ley, la razón de ser de su nacionalidad, el secreto de sus esperanzas de porvenir y de su alianza con Dios; ellos no quieren, no saben leerle. Ellos tuercen el sentido, á merced de su ciencia engañosa, y ellos se absorven en las sutilezas de la jurisprudencia y de la casuística. Todo el fin de la vida, para ellos, es cumplir á la letra los mandamientos. He aquí lo que constituye la verdadera justicia. ¿Qué contiene esa letra? ¿Cómo, en qué condiciones ella es exactamente observada? Hé aquí lo que se trata de mostrar. Todas las cátedras resuenan con esas discusiones, cuya puerilidad, la extravagancia, el formalismo estrecho, revelan una irremediable decadencia.

En realidad, el sentido religioso está embotado. Este pueblo está cerrado á la acción divina; el Espíritu que suscitó á los profetas y que les recordaba tan poderosamente sus deberes y su elevado destino, no habla más. El está mudo hace siglos.

¿De qué sirve proclamar que Jehovah es el único Dios y que no hay otro Dios que Jehovah? Entre Jehovah y su pueblo no hay allí lazo vivo. El carácter de la religión de Israel era precisamente la intervención personal y constante de Dios, manifestando su voluntad á su pueblo por los profetas, los sacerdotes y los reyes; ahora bien, hace siglos esta intervención está paralizada.

Los doctores y los jefes proclaman á Dios el Único, el Invisible, el Inaccesible; ellos ponderan en una theurgia semipagana, las virtudes sobrenaturales de su nombre inefable, evitando pronunciarle por un respeto supersticioso; pero ellos no están en relación con su Espíritu; y si la palabra eterna cae en una conciencia santa, ellos son incapaces de entenderla.

Bajo semejantes pontífices, á merced de tales maestros, las conciencias enervadas pierden el sentido del deber y no conocen ya la legalidad. La práctica exterior, la oración, el ayuno y la limosna, las abluciones, los sacrificios y el reposo sabático;

pero la pureza interior, el amor ardiente de Dios, la misericordia para con el prójimo, la humildad, la penitencia, la justicia y la rectitud, no figuran para nada. La pasión del lucro y de la riqueza, la avaricia y la codicia, el desprecio del pueblo y de los pobres, el egoísmo y el orgullo, se enmascaran con las apariencias de la virtud.

El adulterio ha llegado á ser un vicio universal, y—lo que hay de más grave,—se cubre y se autoriza con la legalidad. El Fariseo devoto no tiene ningún escrúpulo de repudiar á su mujer, por el motivo más fútil. El "libellum" oficial de repudiación todo lo santifica. Cuando Jesús llama á sus contemporáneos una generación perversa y adúltera, esta última expresión puede ser tomada al pie de la letra: ella estigmatiza la corrupción que degradó al matrimonio entre los Judíos. No solamente es el adulterio legal, es la poligamia.

En los documentos talmúdicos, en donde el alma y el genio del fariseísmo más riguroso se han impreso tan fuertemente, jamás se escucha la voz de la voluntad sincera estar en disputa con las energías del mal, no se sorprende jamás la confesión de la impotencia del hombre ante el deber. Para esos Fariseos soberbios y tan escrupulosos, la Ley no es mas que una alianza material entre Jehovah y su pueblo, un conjunto de prescripciones y de reglamentos cuyo cumplimiento será una fuente de felicidades y la violación una causa de desgracias.—"Se fiel," dicen los maestros, "tú serás recompensado;" y si no lo eres, el castigo es cierto, inexorable." Todo está ahí.

Un servilismo interesado es el alma de la religión así entendida. Esto es una verdadera convención entre señor y esclavo. Nada más antireligioso que ese egoísmo devoto. El todo lo ha invadido en ese pueblo que no ve sino á él y que hace del humilde y dócil servidor de Jehovah un rudo mercenario.

Como todos los pueblos en decadencia, el pueblo Judío, en la época de Jesús, está bajo la tiranía de preocupaciones vigo-

rosas. El no comprende para nada el día siguiente, él pierde el sentido de su destino, él tiene las embriagueses y la ceguera del orgullo. El no sospecha ni su abatimiento ni su degradación. Sus esperanzas son locas. Todo lo que él ha querido le ha sido rehusado; todo lo que él ha esperado le ha burlado; todo lo que podía salvarle le es velado y él lo rechaza.

El se estima el privilegiado de Jehovah, y no ve lo que su Dios pide de él; él tiene más que nunca la enfatuación de su raza y de su sangre, y no duda que esta raza y esa sangre van á ser reprobadas; él tiene el celo feroz de su Ley que él sueña universal, ella está en la víspera de ser prescrita; él espera su resurrección nacional, y él está condenado para siempre á ser destruido como pueblo; él cuenta con un Mesías glorioso, y le será dado humilde y sin pompa; él está ebrio de las alegrías terrestres y del triunfo, él va á estar lleno de infortunios sin nombre, y hollado por los pies de los Gentiles.

La decadencia de un país, de una raza ó de una religión es irremediable, cuando tales errores prevalecen. En la época de Jesús, ellos no eran solamente una atmósfera en la que se respiraba y se vivía, ellos hacían ley en las escuelas; los maestros los enseñaban oficialmente, y la jerarquía los cubría con su potestad.

La Providencia no abandona á su pueblo en el abismo en el que se sumerge: ella va á intervenir visiblemente, poderosamente.

Un profeta aparece. Nada era más grave, más solemne como ese despertamiento repentino del Espíritu de Dios, después de cuatro siglos de mutismo, de adormecimiento. Juan recibe de lo alto todo lo que puede conmover, iluminar á su país y disponerle á comprender la voluntad de Dios. Israel espera á su Mesías y una edad nueva: él le anuncia, le pinta, le señala, le muestra con el dedo. El pueblo ama en sus videntes la austeridad; Juan la posee en un grado heroico. El busca la justicia: Juan no enseña mas que á ella en sus exhortaciones

á la penitencia. Los ritos tienen atractivo para él: Juan adopta aquel que está más en voga, el bautismo como símbolo de las virtudes que él reclama. El no hace milagros, ciertamente, pero su vida santa es un milagro perpetuo. El pueblo jamás ha obedecido sino por el golpe de las amenazas de su Dios: ellas estallan en los labios del Bautista, vehementes, espantosas. Pero el Precursor no haya mas que indiferencia, hostilidad ó desprecio ante los jefes y maestros, los hombres del poder y los guardianes de la ciencia ortodoxa; la multitud obscura, los pobres sin crédito ni virtud, los pecadores, los publicanos y las cortesanas sólo corresponden.

Entonces, Dios llama á su Elegido y á su Cristo; él pone en él la plenitud de su Espíritu. El es el Hijo de Dios mismo, visible en el Hijo del Hombre.

Todo lo que puede despertar, atraer, iluminar, remover, transformar, apaciguar, purificar, santificar la conciencia está en él. El habla como jamás hombre alguno ha hablado. El promulga una ley santa que no solamente contradice á la ley reinante, sino que la corrige y la perfecciona. El tiene la mansedumbre que persuade, la bondad que se hace amar; él no es insensible á ninguna debilidad, á ningún dolor, á ninguna miseria. El multiplica los prodigios á merced de una caridad inagotable. El tiene el celo ardiente é incorruptible. El no perdona ningún vicio pero ningún pecador temeroso es rechazado por él.

La conciencia de ese pueblo permanece inerte; ella no se despierta á su voz sino para levantarse terrible contra él. Nada le desarma. La oposición que había hallado Juan se agrava sin medida respecto á Jesús.

Si él tenía todo lo que puede abrir y salvar la conciencia, es preciso reconocerle, él tenía todo lo que lastima y exita las preocupaciones más ardientes, las más vivaces, aquellas que ciegan á la multitud, y á aquellas más temibles, que extravían á los hombres del poder y á los maestros de la ciencia.

Se espera á un Mesías glorioso, resplandeciente: él se presenta pobre y humilde. Se sueña con un Mesías político tanto como religioso: él repudiaba todo papel político. Se espera á un personaje que deslumbrará con señales celestiales: él vela su potestad bajo una bondad sin ostentación. Se quiere una emancipación de la nación oprimida: él recomienda pagar el tributo al César, consagrando así por su doctrina la decadencia política de su pueblo. Se tiene la pasión de un reino terrestre que eclipsará á los imperios paganos: él no habla sino de un reino espiritual. Se tiene el odio y el desprecio del Gentil: no le falta una ocasión para alabar su fe. Se cree en la eternidad del Templo: él anuncia su destrucción próxima. Se ve á la Ley como el código definitivo de la alianza con Jehovah: él proclama que va á perfeccionarla. No se busca sino la pureza legal: él no habla sino de la pureza del corazón. Se cree que el título de Hijo de Abraham da derecho al Reino de Dios: él dice que para ser incorporado al Reino, es preciso renacer, arrepentirse, y creer. Se multiplican los ritos: él les llama vanos, y pide la obediencia, la misericordia y la justicia. Se relega á Dios por un falso respeto, en un aislamiento inaccesible: él le muestra en él, él se dice el Hijo de Dios, el igual del Padre, uno con el Padre, obrando como el Padre, vivificando lo que está muerto, juzgando todo, sentado á su diestra.

Entre Jesús y la opinión judía, entre el Enviado de Dios y la nación que se consideró como la nación santa, y la contradicción es absoluta.

Queda, sin embargo, en el seno del pueblo judío, algo escogido, desconocido que escapa más ó menos al contagio: conciencias puras, espíritus rectos, temiendo al mal, viviendo con la voluntad del bien, dispuestos á aconsejar la verdad y á confesar su miseria.

Esta es la reserva de Dios en un pueblo, como los elementos sanos son la reserva de la vida en un cuerpo enfermo. Si ella desapareciera, si ella fuese aniquilada, la muerte sería fa-

tal: cuando ya no hay más justos en Sodoma, la lluvia de azufre y de fuego la devora.

Esos elementos están esparcidos en todas partes, en todas las clases y en todas las profesiones: ellos son más numerosos, sin embargo, entre los pobres que entre los ricos, entre los ignorantes que entre los sabios, entre los publicanos que entre los Fariseos, entre los pecadores que entre los que se llaman justos, entre los hombres extraños á la administración y al poder que entre los gobernantes.

No hay por qué sorprenderse. Riqueza, ciencia, religión exterior, poder, son otras tantas fuerzas que, en las épocas de decadencia, agravan la corrupción y aumentan las preocupaciones.

Por tanto, entre las gentes de condición inferior es en donde Jesús ha hallado y reclutado á sus discípulos. Ellos se reconocen todos por esta señal: la conciencia en ellos es más fuerte que las preocupaciones y los vicios. Ahora bien, Jesús, hiriendo á las preocupaciones y apelando á la conciencia, debía ser rechazado por éstos y acogido por aquellos.

Los fieles eran el pequeño número. De los millones de Judíos que escucharon su palabra, en la Palestina entera conmovida, algunas centenas le siguieron.

Esto era poco para un hombre, aun cuando hubiera tenido en su poder todos los recursos del genio. Esto era bastante para Jesús. El voluntariamente repudió todos esos recursos, no pide sino conciencias fieles, él las ha obtenido: ellas le bastan; él todo lo vencerá con ellas.

Jesús ve levantarse en su contra á las fuerzas más terribles que un pueblo pueda oponer á un hombre: el Poder, la Ciencia y la Multitud.

El Poder le repudia y le condena en nombre de la política y de la seguridad nacional; la Ciencia le anatematiza en nombre de la Ley santa y de la ortodoxia; la Multitud le rechaza en nombre del patriotismo.

Las mismas fuerzas que se han conjurado en el pueblo judío contra Jesús se perpetúan en la humanidad para entorpecer la obra de su Espíritu y de sus enviados.

La política siempre tiene sus razones de Estado; la Ciencia reinante, la inexorable ortodoxia de las falsas religiones, siempre han tenido sus anatemas; y las preocupaciones populares siempre sus violencias para tratar de abatir al Hijo de Dios, de entorpecer los progresos de su Reino, y para impedir á los sencillos entrar allí. Pero esta conjuración, un momento victoriosa, no hará más que servir á los designios de Dios.

Ante esas fuerzas rebeladas, Jesús no tiene otra alternativa que resistir ó sufrir libremente la violencia.

El no resistirá. Sin duda, resistiendo, puede vencer: pero se lucha contra el Poder, por la rebelión; contra la ciencia religiosa oficial, por compromisos y una aparente sumisión; contra las pasiones populares, engañándolas: una táctica semejante es el gran arte de los ambiciosos. Esos hábiles se distinguen en tomar por punto de apoyo á las ideas reinantes, y en revelar con potestad las aspiraciones del país que ellos quieren conducir y educar. Ellos apelan al partido del que se constituyen los jefes; y á fuerza de astucia y de luchas, de violencias y de éxito, llevan al Poder á capitular. Los genios religiosos de la antigüedad que no se han limitado á ser predicadores y moralistas, como Cakya-Mouni y Confucio, todos han obrado conforme á las leyes de la política humana.

Semejante conducta implica la alianza con las fuerzas malas, á las que este mundo está entregado; ella mancha á todos aquellos que han puesto el éxito más elevado que la moral y la santidad.

Jesús ignora esos procedimientos, sin otro punto de apoyo que él mismo y el Padre de quien ejecuta los designios eternos; él se eleva por encima de todos los genios, en el aislamiento de su grandeza. El no traduce por las ideas reinantes, las aspiraciones de su pueblo; él las combate. Su doctrina del

Reino de Dios está en contradicción absoluta con el poder, los jefes de escuela y los sueños de la multitud. Ni un partido que pueda reclamarlo como jefe. Saduceo, Fariseo, Herodiano, Esseniano, ninguno halla en él la expresión de sus dogmas. Ningún compromiso con la ciencia errónea de los maestros; ninguna habilidad, en el sentido humano de la palabra. El equívoco era fácil y tentador con respecto al título de Mesías. Ahora bien, se ha podido comprobar la circunspección con la que Jesús lo evita ante la multitud y en Jerusalem principalmente: detalle característico que atestigua su voluntad de no pactar con las preocupaciones.

El nombre de Hijo de David le inquietó alguna vez; él no le tomó jamás por sí mismo, designándose siempre por los dos títulos de Hijo de Dios y de Hijo del Hombre.

Uno y otro eran la expresión pura y adecuada de su ser; ellos insinuaban su verdadera función, sin ambages y sin peligro para la conciencia del pueblo.

Ningún llamamiento á la fuerza; ni una exclamación contra el Poder. La violencia material le es extraña. El es el "Cordero de Dios," en su corta vida terrestre, y no el León de Judá. "Humilde y dulce de corazón," como á él le agradaba decirlo, viene "á salvar y no á perder, á dar su propia vida y no á arrebatarse la de los demás." El pide al hombre la abnegación total, él mostrará al hombre cómo se sacrifica.

Por ahora, su misión está terminada; él puede desaparecer. Por lo mismo, no tratará de conservar una vida que ha dado al Padre toda la gloria que él esperaba, y á su pueblo todos los testimonios que le hubiesen iluminado y salvado, si su pueblo hubiera podido ser iluminado y salvado.

Al volver á Bethania con sus discípulos, después de las últimas luchas del martes, Jesús está más que nunca penetrado, absorbido por el pensamiento de su muerte.

Los acontecimientos van á desarrollarse bruscamente, de

improvisó. La multitud que primero le había aclamado, esperando ver, en fin, grandes señales en el cielo, como la aurora de la era mesiánica, se desalienta. Ella no comprende un Reino de Dios humilde y perseguido. El hosanna expira en sus labios de patriotas abatidos. El partido fariseo, escandalizado, clama al blasfemo. La jerarquía quiere terminar con un golpe enérgico pero prudente, con esa agitación que le irrita y le inquieta.

La alta asamblea se ha reunido en el patio del palacio del gran sacerdote. Los jefes de las familias sacerdotales y los ancianos del pueblo, bajo la presidencia de Kaifas, deliberan. La resolución que se toma es la de apoderarse de Jesús por la astucia y matarle. Todos son de opinión de retardar la ejecución de la medida después de la fiesta, para no suscitar un motín.

La sabiduría de esos políticos se engaña. En el día de la Pascua es en el que Jesús será matado. No habrá motín: que ellos se aseguren. El pueblo, lejos de rebelarse en su favor, le abandonará. Una parte de esa multitud, de la que Jesús siempre había presentado su ligereza, la movilidad y la timidez, pedirá hasta su muerte. Ellos no tienen que desplegar la astucia, para arrestar á Jesús: un incidente imprevisto va á entregárseles.

Una crisis espantosa asolaba á uno de los apóstoles.

En ese mismo día en el que, reunidos en torno del Maestro tenían el alma oscurecida por el pensamiento de su muerte, uno de los Doce, aquel á quien estaba confiado el pequeño tesoro de la comunidad, Judas el Iscariote, meditaba hacer traición á su Maestro.

¿Cómo semejante idea había germinado en ese espíritu, si él había tenido fe en el Hijo de Dios? Y si él había permanecido cerrado á la confianza y al amor, ¿cómo había podido

1 Mat., XXVI, 1-5; Marc., XIV, 1 y sig.; Luc., XXII, 1 y sig.

vivir, durante dos años, en la intimidad de Jesús? La conciencia del hombre es un abismo insondable; todos los crímenes y todos los heroísmos pueden nacer ahí; ella tiene el instinto de todas las grandezas y el germen de todas las miserias. Las sugerencias satánicas la estrechan; los llamamientos de Dios la agujonean. ¿Por qué el hombre colocado entre esas dos fuerzas contrarias deja prevalecer en él mejor á la una que á la otra? ¿Por qué se convierte en el esclavo del espíritu malo y no en el instrumento libre y dócil de Dios? El temperamento, las circunstancias del medio, las ideas personales, no dan del fenómeno una explicación suficiente. La voluntad es dueña de sí misma; ella puede dejarse dirigir ó seducir, oprimir ó exaltar, esclavizar ó libertar. El atractivo soberano de la verdad y de la virtud, puede dominar en ella todas las fuerzas contrarias de las pasiones, de los errores, de los medios. Cuando ella desfallece, ella no se debe tomar sino de sí misma, y cuando ella triunfa, ella siente que su energía viene de la Fuente infinita de todo bien.

El hombre que resiste largo tiempo á Dios, se endurece y se embota. Las inspiraciones divinas no le conmueven, no le atraen; pero él llega á ser maleable y dócil á la acción del espíritu malo. El mal se encarna en él, le posee, le reduce al estado de esclavo, y en esta obsesión tiránica no hay un crimen del que él no pueda tener la idea y del que tiene el poder de cometer. El odia el Bien. El odia á Dios.

Esta ley psicológica es la razón del misterio de iniquidad sepultado en la conciencia de Judas.

Evidentemente, el traidor ha debido, durante los dos años de su intimidad con Jesús, resistirse contra el Espíritu del Maestro. Los discípulos fieles se elevaban, se dulcificaban, se transformaban, deponiendo los errores, los vicios, las inclinaciones de su naturaleza, de su raza, de su religión; ellos entraban poco á poco en el Reino de Dios por la fe, la docilidad, la humildad y el abandono de todas las cosas; pero él, el falso apóstol, debía obstinarse en su propia naturaleza, encapricharse

con sus instintos terrestres, con las tendencias del medio que Jesús venía á combatir. En apariencia, él participaba de los sentimientos generosos de sus compañeros; en realidad, él no buscaba sino su interés miserable. El estaba condenado á la hipocresía de todos los instantes y él afectaba, sin duda, velar con celo por la pequeña administración material de la comunidad.¹ Tal vez él acarició, como otros muchos, la idea de un Reino terrestre en el que su codicia sería satisfecha. Esta hipótesis explica su persistencia en vivir en el séquito de su Maestro, al que rehusaba la fe, entre los compañeros de quienes él no participaba ni el amor ni el culto.

Jesús conocía el alma del traidor. En una hora decisiva para los Apóstoles, abandonado de los Galileos que querían imponerle un papel político, él preguntó á los Doce, si también ellos querían dejarle como el pueblo, y lanzando sobre ellos una mirada profunda y llena de ternura, les dijo:—"¿No os he escogido á todos?" Después, interrumpiéndose, agregó esta palabra de un dolor inexplicable: Y sin embargo, existe entre vosotros uno que es diablo."²

La palabra designaba á Judas: él reveló con energía lo que pasaba en la conciencia del miserable, invadido ya por el espíritu de Satanás.

Hase preguntado, cómo Jesús sabiendo el estado verdadero de ese discípulo no le excluyó severamente. Cualquiera hombre hubiera arrojado á ese indigno; el Hijo de Dios le guardó. La bondad, la mansedumbre sin límites: ved el móvil profundo de todos los actos de Jesús. Para con la nación judía, el pueblo y sus jefes, él agotó todos los medios para iluminarles y salvarles; él agota con respecto á Judas los tesoros de su longanimidad.

Aquel á quien el Espíritu de Jesús no ha arrancado de la tierra y elevado hacia Dios; aquel que no ha creído en el más

¹ Juan, XII, 6; XIII, 29.

² Juan, VI, 70.

grande, en el más dulce, en el único divino de los Maestros; aquel que no habiéndole amado, no ha aprendido de él la dulzura, la abnegación, el sacrificio, aquel debe ser la presa del espíritu del mal, de la torpe codicia, de la falsedad, de la avaricia inmundada y del más vil egoísmo; él debía sufrir los sortilegios y los caprichos, y en la lucha sangrienta que iba á empeñar con el Espíritu de Dios, viviente en Jesús, con el espíritu malo agitando las conciencias obstinadas de la nación judía,—aquel tenía su papel satánico, marcado de antemano.

Tratábase de apoderarse en secreto de Jesús; Judas se ofreció.³

La causa del Profeta, de la que él había descontado el éxito humano, está decididamente perdida. El se llega á los que triunfan, á los jefes de la clase sacerdotal, dispuesto á servirles. El se muestra á ellos con su venalidad; él no abandona solamente á su Maestro, él le entrega, él no sólo le entrega, él le vende. Todo traidor está duplicado de un egoísta feroz que no se olvida jamás. Aquel era codicioso, avaro: su traición es un mercado.

El dijo á sus cómplices:—"¿Cuánto queréis darme? y os lo entrego.

Se le prometieron treinta siclos de plata,⁴ el precio de un esclavo.⁵ Los miembros de la alta asamblea, apreciando así á Jesús, le deshonraban más, que ellos no pagaban al traidor.

Aquel aceptó. Por lo demás, sin descubrir todavía su proyecto infame, buscaba el momento oportuno para ejecutarle.

Mientras que en Jerusalem Judas hacía traición, y que el Sanhedrín delibera y conspira, Jesús, retirado en Bethania, lejos de la multitud, prepara á sus discípulos á su muerte próxi-

¹ Mat., XXVI, 14, 16; Marc., XIV, 10 y sig.; Luc., XXII, 3-6.

² El siclo de plata ó *stater*, el más esparcido de todas las piezas judías, después del tiempo de los Macabeos, valía 4 dracmas, ó sea 3 francos, 50 céntimos de la moneda francesa (65 centavos de la mexicana). El precio en el que Judas vendió á su Maestro,—treinta siclos de plata—sería de ciento cinco francos (veintian pesos).

³ Exod., XXI, 32.

ma. Ahí, oculto á sus enemigos, pasa en la soledad el miércoles. No nos ha quedado mas que una palabra de sus últimas pláticas; con su laconismo conmovedor, él resume el pensamiento que les llenaba:—"Sabedlo," les dijo, "dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."

¹ Mat., XXVI, 2.



CAPITULO VI.

ÚLTIMA PASCUA.—LA GRAN INSTITUCIÓN DE JESÚS.

La Pascua era para los Judíos la fiesta por excelencia. Su nombre ¹ recuerda el paso misterioso de Jehovah en esa noche terrible en la que el angel exterminador hirió de muerte á todos los primogénitos de Egipto y perdonó á los Hebreos. Recuerda á Israel otro paso, el de la servidumbre á la libertad. Ninguna fiesta era más popular. Ella inauguraba el año religioso, duraba ocho días, del 14 al 21 de Nizan. El pan fermentado estaba rigurosamente prohibido; se le comía ázimo. De aquí, este otro nombre de Fiesta de los Azimos, para designar el día de la Pascua.

Desde el 13, el jefe de familia tomaba una lámpara, visitaba su morada, á fin de destruir toda la levadura y la pasta fermentada. Se las quemaba en un vaso, al aire libre. La fiesta se abría al son de trompetas, é inmediatamente, los dueños de la casa ó sus criados compraban el cordero, un cordero de un año y sin mancha. Se le llevaba al Templo; los sacerdotes le

¹ En hebreo *Pasch*: paso.